

www.elboomeran.com

Juan Cárdenas
LOS ESTRATOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2013

© Juan Sebastián Cárdenas, 2013
© de esta edición, Editorial Periférica, 2013
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-72-7

DEPÓSITO LEGAL: CC-28-2013

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Para Luciana

Para Ben

Si un pintor quiere unirle a una cabeza humana la cerviz de un caballo y ponerle plumas diversas a un amasijo de miembros de vario acarreo, de modo que remate en horrible pez negro lo que es por arriba una hermosa mujer, invitados a ver semejante espectáculo, ¿aguantaréis, amigos míos, la risa?

HORACIO

Todos los ciudadanos, de aquí en adelante, serán conocidos por la denominación genérica de negros.

ARTÍCULO 14 DE LA CONSTITUCIÓN
HAITIANA DE 1805

Falla

1]

Por la ventana se ve la piscina rodeada de casas idénticas a la mía, a los hijos de mis vecinos que se bañan mientras el sol de las seis de la tarde le saca los últimos destellos al agua. Quizás sea por el bienestar de la escena, con los niños que chillan, las golondrinas y los chisporroteos, ruidos que lejos de enturbiar esta calma sedante la pulen desde adentro, no sé si cautivado también por el hecho de que mi casa está oscura por culpa de un apagón y los objetos parecen relajados, lo cierto es que me viene a la cabeza un recuerdo impreciso pero que inevitablemente asocio con la felicidad de la infancia: olor de aguas aceitosas, limo, residuos tóxicos, olor del mar apretado en una bahía sucia. Quizás haya algo así como un puerto al fondo del todo, una ciudad. Pero estas impresiones se disipan de pron-

to, si se me permite decirlo así. Si se me permite decirlo de algún modo. Esto no es tan serio como parece, sólo intento decir algo, poner palabras en la penumbra que crece. Se disipan, digo, y lo que ocurre es que abajo suena el teléfono y nadie contesta. Pegaría un grito para ordenar que contesten, aunque un grito sí que enturbiaría esto que volveré a llamar calma sedante. Afuera todavía hay luz. Adentro sombra. Me quedo delante de la ventana y mientras oscurece, mientras intento imitar el estado de ánimo de las cosas que me rodean, dejo que el timbre del teléfono suene y suene. Es asombroso que el teléfono siga funcionando cuando no hay electricidad. Cuando no hay luz todos los demás aparatos quedan abandonados, inútiles. Son como letreros en un alfabeto distinto. Pero un teléfono, uno de esos teléfonos viejos, negros, con la bocina pesada y el cable como cola de rata, uno de éstos en medio de la oscuridad parece algo vivo que brilla, el ojo de una vaca, la cabeza de un ídolo. El teléfono tiene un poder incalculable en el espíritu. También hay algo bondadoso en las tinieblas que se producen durante un apagón, una sensación de recuperar ciertos valores perdidos. El valor de la oscuridad, por ejemplo. Así como el vaquero no entiende al indio, cualquiera que esté rodeado de electricidad es incapaz de comprender el estado de ánimo de alguien que se encuentra a oscuras. Un tipo llega a

su casa. Por alguna razón decide no encender ninguna luz. Avanza a tientas entre sus cosas. Aun así tropieza con la pata de una mesa, con un zapato. Ha estado bebiendo. Camina hasta encontrar su lugar en un rincón apartado de la sala y se sienta en un sofá viejo, lo suficientemente grande y mullido para que la sombra del mueble lo mastique en silencio. El tipo se queda allí, a oscuras, mirando. Mirando nada. Y si alguien, otro habitante de la casa se levantara, digamos, a buscar un vaso de agua y encendiera la luz, si alguien lo viera allí, bañado de pronto por esas irritantes ondas blancas que vienen de la cocina, le preguntaría qué hace allí, a solas, en medio de la oscuridad. Y el hombre tendría que decir algo o no decir nada y levantarse, aunque ya daría igual porque el juego habría perdido entonces todo el sentido. Hay gente que no tiene maña para reconocer esa clase de cosas. Mi mujer, por ejemplo. A ella le gusta la electricidad. No sé por qué suena tan serio todo lo que digo si sólo quiero hablar un poco. Me gustaría que esto no sonara así. Me gustaría decirlo de otro modo, pero uno dice las cosas como puede y no como le gustaría. Una vez conocí a un tipo que se pasaba las horas afilando palitos con un cuchillo oxidado. No hacía nada con los palitos, no los esculpía. Sólo les iba quitando capas. Las virutas se acumulaban en el suelo. Luego tiraba los palitos. Así me gustaría decir las cosas.

Por fin, en la planta baja mi mujer contesta. La voz llega hasta mí en sordina y tampoco me perturba. Podría pasarme al menos una semana entre estas frases hechas y la calma sedante de los chisporroteos. Por el tono diría que es mi suegra. Mi suegra telefona todos los días desde un lugar que ambas, mi mujer y mi suegra, llaman el pueblo. Nadie diría que mi mujer es una campesina, por los modales y la ropa. Por la forma que tiene de tratar a las empleadas del servicio, que no nos duran ni una semana. Hace el papel de la gran señora, las trata de brujas con una actitud que trasluce agresividad pero también mucho miedo. Y al final las echa. O ellas se van. Pero esta descripción no le hace justicia a mi mujer. Me gusta mi mujer. Tiene el pelo negro y abundante, los ojos del color de la miel, los dientes parejitos y las piernas largas. Me gusta verla bailar, pero me gusta más verla dormir. A veces, por las noches, cuando ella se despierta y percibe que yo llevo horas sin poder pegar ojo, le pregunto cómo era cuando vivía en el pueblo. Ella dice que prefiere no acordarse y se da la vuelta. Últimamente duermo mal y poco. A veces me pregunto cómo será el pueblo. Una vez vi una foto de mi mujer cuando era niña. Me la enseñó mi suegra. Más que una niña parecía un animalito asustado, la mirada huidiza y un vestido blanco que le quedaba grande, seguramente prestado para la foto.

2]

Son más de las doce y no puedo dormir. Salgo a dar una vuelta. Mucho olor a pasto recién cortado, las flores y los ficus gotean. Los aspersores giran en medio del prado, el brillo de las farolas es endeble en comparación con el zumbido que producen. Incluso se pueden ver algunos luceros en el cielo. Pagamos un recibo mensual para que las cosas estén ambientadas así. Al final de la calle adoquinada que discurre frente a la hilera de casas, empieza un senderito de grava roja. El senderito serpentea y se pierde en una zona verde con árboles. Alguien ha apedreado varios faroles. Eso hace que haya algunos puntos muy oscuros y otros que verdean nerviosamente debajo de la luz. El frescor de los aspersores disimula bien el calor. Es muy agradable caminar por el senderito sintiendo cómo la brisa de los aspersores llena el aire con el perfume de los árboles y la tierra húmeda. Cantan mil voces de ranitas. Casi al final, a un costado del sendero, hay una barrera de cipreses adultos que fueron trasplantados de un cementerio demolido hace un par de años. La empresa que se encargó de la demolición es la misma que construyó este complejo residencial y alguien tuvo la feliz idea de traer los cipreses. Por fin, el senderito se interrump-

pe en unos arbustos que llegan a la altura del pecho. Detrás de los arbustos está la reja de seguridad. Y detrás de la reja de seguridad, una calle en la que no suele haber nadie, ni de día ni de noche. Enfrente siguen las ruinas de la antigua Normal de Varones que, según entiendo, era un colegio donde la gente estudiaba para convertirse en profesor de escuela. El edificio es enorme, de tres pisos, con las paredes descascaradas y verdosas por la humedad. Las enredaderas han tenido tiempo suficiente para invadir casi toda la reja de la fachada. También hay muchos vidrios rotos, un frondoso árbol de mangos y una valla que anuncia la pronta construcción de otra unidad residencial.

De regreso por el senderito, justo detrás de los cipreses, veo el techo de la casa modelo. La casa modelo se construyó para promocionar el proyecto de urbanización entre los compradores. De hecho, al principio sólo estaba la casa modelo en medio de un potrero vacío, algo de maquinaria pesada y un puñado de obreros. Los compradores venían y les mostraban la casa modelo para que se hicieran una idea cabal de lo que estaban comprando. Después de terminar el proyecto, en lugar de demolerla, los arquitectos, siempre ocurrentes, resolvieron dejarla en la zona verde, medio escondida entre los árboles. Desde hace un par de semanas el insomnio me arrastra hasta aquí. Me adentro en el bosque. Pa-

seo un rato entre los cipreses. Remoloneo mucho por los alrededores pero siempre acabo entrando a la casa. Camino por las piezas vacías, me siento en el suelo de la sala. También entro a la pieza de la empleada del servicio, cosa que nunca hago en nuestra casa. Es una pieza enana, demasiado enana, donde apenas hay sitio para la cama, un armarito y la televisión de 14 pulgadas. Asfixiante incluso estando vacía. Camino por el piso de arriba. Entro a la pieza pequeña, la de los hijos que no he tenido, y miro por la ventana, hacia los árboles donde hay zonas de luz y de oscuridad. Voy a la pieza en la que dormimos mi mujer y yo, me vuelvo a sentar en el suelo y enciendo un cigarrillo. A medida que echo las volutas al aire muerto de la pieza, con la mirada perdida en el trozo de cielo que alcanzo a atisbar desde aquí abajo, vuelvo a tener el regusto impreciso de aquel recuerdo infantil: una bahía sucia, un puerto. Y esta vez, con cierta desilusión, me doy cuenta de que la urgencia por recordar me lleva a añadir detalles inventados. Un pelícano que se zambulle. La estela de espuma que por unos instantes agrupa los detritos. Una ceiba donde descansan las garzas blancas.

Las volutas ascienden en espiral antes de disiparse. Una estrella brilla en mi pedazo de cielo y por la pared camina una lagartija muy pequeña. Se queda quieta. Camina. Se queda quieta.

Vuelvo por el senderito, rodeo la hilera de casas y me interno en la plazoleta de la piscina con la intención de entrar por la puerta corrediza de la parte trasera. Como hace calor me desabrocho un par de botones de la camisa. En ésas, salido de la nada, aparece un vigilante. Mi gesto de sorpresa es evidente. El vigilante es nuevo, no debe de llevar más de dos semanas en el trabajo. Me saluda sin disimular que le extraña verme allí. La situación exige un acto de normalización. Hace un calor infernal, digo. Es un muchacho negro y bajito, con seguridad un descendiente de las nobles tribus pigmeas, pero él no lo sabe y sus movimientos emiten señales de incomodidad y desprecio hacia su propio cuerpo. Sí, hace calor, dice y saca a relucir la dentadura. Pailas, dice, así habla, pailas. Luego me pregunta si estoy preocupado por algo. Niego con la cabeza. Después de un largo silencio incómodo confiesa que no dormía cuando tenía muchas deudas y que como estaba tan preocupado tuvo que hacer cosas horribles para poder pagar la plata que debía. Coge confianza. Quiere hablar. Y lo peor es que después de hacer todo eso, dice, nunca recuperé el sueño. Me quedó un cansancio muy maluco metido por dentro, un cansancio que no se me quita nunca. Así vivo, dice, pailas. Y usted... ¿Tiene deudas? No, no tengo deudas. Pues no se endeude, sigue él, no se vaya a ver en lo que me tocó a

mí. Eso no se lo deseo a nadie porque entonces ahí sí es cierto que se le desbarranca la vida. Me quedo esperando a que me ofrezca alcohol. Los vigilantes de la unidad tienen fama de borrachos. Pero el tipo no me ofrece nada, se recuesta contra una reja y mira hacia la piscina con aire soñador y pícaro. Qué bonita el agua, dice recibiendo uno de los cigarrillos que le ofrezco. Le juro que con este calor me metería a bañarme. Me metería así nomás, como dios me trajo al mundo. Nos quedamos callados, fumando y mirando el agua inmóvil, de un azul resplandeciente. No, pero invitaría a una amiguita, dice, y me bañaría con ella. Ahora se le sale una carcajada, quizás demasiado estridente para esa hora, quizás el vecino de esta casa se habrá despertado y se estará haciendo preguntas. Si alguien se asomara por la ventana ahora y me viera charlando con el vigilante pensaría que nos estamos emborrachando juntos. Un propietario y el vigilante, un cuadro siniestro que a mí me divierte. Una chimba de piscina, dice. Lástima que nosotros no podamos usarla. ¿Se imagina? Pero imagínese, imagínese que yo vengo una noche bien tarde, como a esta hora, vengo con una peladita, claro, y le digo mami, vamos a bañarnos aquí bien bacano. Nos quitamos la ropa y nos metemos al agua. ¿Se imagina? Aparte las hembras en piscina y de noche se ven todavía más bonitas. ¿Usted ha visto cómo se ven? Nadando por la no-

che, con esa luz submarina y el agua toda azulita. ¿Se imagina? Entonces sonrío y le contesto que si hiciera algo así vendría otro vigilante y lo sacaría a tiros de la piscina. ¿A mí?, contesta achispado. No, yo no me dejo, dice, usted qué cree. Yo traigo mi fierrito también y si quieren bala, yo les doy. Vuelve a reírse, la misma carcajada estridente. Alguien por fin se asoma a la ventana de la casa. Se consuma la escena y yo actúo con naturalidad, como si fuera la cosa más normal en esta unidad charlar de noche con el vigilante, que no para de hacer ruido. Imagínese yo aquí dándome bala con mis compañeros y la hembra gritando en la piscina y yo ta-ta-ta-ta, gonorreas, por sapos, me los voy bajando uno por uno. Gonorreas. Y el agua toda azulita se mancha de sangre y yo ahí metido como diciendo hijueputas, cómo es conmigo pues y la hembra dizque sos mi héroe, papito, pailas.